



Einstein en la frontera narrativa Técnico-Humanística

Domingo Cía Lamana¹

1. Einstein en el Ágora de Atenas

En esta misma sala, hace ya cerca de dos años, invitaba a mis colegas profesores técnicos, a bajar a la plaza o ágora de Atenas y comprobar cómo en ese democrático momento de la ciencia y de la política – el siglo de Pericles- todavía no existían muros compartimentales que dividieran las Escuelas en Técnicas y de Humanidades. En aquellas “*escuelas sin paredes*” de los sofistas griegos, había necesidad y no obligación de “saber” la geometría y las matemáticas necesarias para cualquier trabajo artesanal, tan necesarias e importantes como las leyes de la lógica filosófica o las narraciones míticas que les servirían para ganar en retórica y en capacidad de ficción, y así poderse después defender en los tribunales públicos de justicia, donde todavía no existían los abogados defensores. Toda esta actividad académica y cultural se daba al aire libre, por necesidad y con ganas. Por allí se pasearon los grandes maestros sofistas, Protágoras, Anaxágoras, Gorgias, pero también Sócrates y sus discípulos que luego fueron fundadores de grandes escuelas filosóficas como los cínicos, estoicos, epicureos.

Einstein que hubiera llegado al ágora de Atenas 25 siglos después, lo podemos ver satisfecho de convivir con maestros sofistas y alumnos, en aquellas Escuelas Técnicas que todavía no estaban amordazadas ni por paredes, ni por exceso de planes de enseñanza. Aquel espacio académico estaba en sintonía con su forma un tanto ácrata y libre de entender el saber y la enseñanza.

Einstein aprovecharía el ágora de Atenas para expresar lo que luego publicaría en el *New York Times* el 5 de octubre de 1952:

“No basta con enseñar a un hombre una especialidad. Aunque esto pueda convertirle en una especie de máquina útil, no tendrá una personalidad armoniosamente desarrollada. Es esencial que el estudiante adquiera una comprensión de los valores y una profunda afinidad hacia ellos. Debe adquirir un vigoroso sentimiento de lo bello y de lo moralmente bueno.

Estas cosas preciosas se transmiten a las generaciones más jóvenes mediante el contacto personal con los que enseñan, no a través de libros de texto. Es esto en lo que pienso, cuando recomiendo el “arte y las letras” como disciplinas importantes, y no sólo el árido y estéril conocimiento especializado en los campos de la historia y de la filosofía.”

(A. Einstein, *Mis ideas y opiniones*, Antoni Bosch editor, Barcelona 1990, pág.46)

2. Acercamiento personal a Einstein

Cada uno de los que llegamos aquí para conferenciar y recordar textos y ecuaciones de Einstein, al igual que todos vosotros, venimos con una ficción personal que de él nos hemos hecho desde hace tiempo. Yo puedo contar la mía, e inaugurar

¹ Ponencia para el Seminario sobre Einstein en la Escuela Técnica Salesianos Sarria (EUSS). Barcelona 2007.

así el estilo de espontaneidad y comunicación que quisiera tener este seminario abierto y completamente libre.

Hablar sencillamente, desde nuestra experiencia y narrar coloquialmente la recepción que de Einstein hemos hecho.

Mi percepción de Einstein la he realizado secuencialmente, es decir durante una docencia de años al final del curso, explicando filosofía a los alumnos de Cou. Me ayudaron a explicarlo y entenderlo los capítulos de B. Russel en sus "Fundamentos de filosofía". Trataba de explicar a mis alumnos lo que yo había entendido de Einstein. Partía de la importancia y belleza de las ecuaciones matemáticas, (es reiterativa la insistencia de Einstein en sus artículos, sobre la constatación de la belleza matemática). Me interesaba aclarar, desde el principio de mi explicación, lo que podría suponer la gran ecuación de la relatividad.

La más elemental de las ecuaciones $1+1 = 2$, (madre y matriz de todas las ecuaciones) resultaba como un cuento matemático para niños, y aprenderlo – al sumar dos dedos- constituía el primer paso para convertir objetos físicos en símbolo: ¿No pasaba con la ecuación de Einstein sobre la relatividad algo parecido, al querer simbolizar matemáticamente intuiciones geniales, pertenecientes al mundo de la física?. Mis alumnos abrían los ojos desmesuradamente al hacerse con un Einstein inteligible – excesivamente inteligible-. En realidad quería presentar a Einstein como un artesano de la ciencia y no como el mago, adivino. A Nietzsche, el gran pensador para el siglo XX le producía una gran impresión la frase que había pronunciado Kant en su Razón Pura: *"la razón no deriva sus leyes de la naturaleza, sino que las prescribe a la naturaleza, eso es, con respeto al concepto de naturaleza completamente verdadero"*. Y algo de eso hizo el sabio Einstein, atreverse a lanzar hipótesis geniales, que luego se validarían en el campo de la física.

En definitiva intentaba delante de mis alumnos, mostrar que el físico Einstein era un humano – un humanista – que se atrevía a pensar de otra forma y con confianza de estar construyendo un mundo habitable. De aquí pasaba a explicar la fórmula, $E=mc^2$, no resulta tan simple, pero sí es una de las partes asequible de las aportaciones científicas de Einstein. Lo que venía a decir en su famosa fórmula, es que la materia (m) se puede transformar en energía E y que al ser c^2 (el cuadrado de la velocidad de la luz) un número tan grande hay muchísima energía encerrada en cualquier cosa. La materia es energía condensada. Tan condensada que en un solo gramo de agua o de cualquier otra sustancia, hay tanta energía como la que se produce al quemar cientos de miles de litros de gasolina. Si hemos captado la esencia de $E=mc^2$, ya sabemos que haciendo desaparecer una pequeña cantidad de masa podemos obtener una cantidad enorme de energía.

Más tarde me hice con los artículos de Einstein de 1905, que los encontré francamente difíciles, hasta que me hice con sus otros artículos más humanísticos y filosóficos, donde sorprendentemente Einstein trata de *aclararse* ante gente normal y corriente, me refiero al libro traducido al castellano por los años 80 con el título *"Mis ideas y opiniones"*. Como veréis a mí no me sucedió ante mis alumnos, lo que os cuento del célebre astrofísico sir Arthur Eddington, colega de Einstein. Se cuenta que hacia 1920, alguien le aseguró al célebre astrofísico que sólo dos personas habían entendido la teoría de la relatividad. Eddington, sorprendido y mosqueado, habría respondido "¿Quién el es otro?"

Una cosa es cierta: es imposible acercarse a Einstein y no sufrir contagio. El siempre es provocación, nunca impunemente pasa cerca de nosotros.

3. Breve recorrido por la biografía de Einstein (1879 – 1955)

El físico afable y humilde también tuvo una hija ilegítima, un matrimonio fracasado, demostró desdén hacia las personas que le rodeaban y solo amó una cosa en su vida: la ciencia.

“Si todo el mundo viviese una vida como la mía no habría necesidad de novelas”, le dijo Albert Einstein a su hermana Maja, cuando no era más que un joven de 20 años que acababa de solicitar la nacionalidad suiza.

Einstein se definía como un hombre solitario, un Einspanner (un coche tirado por un único caballo), y así se debe entender su vida. Bertrand Russell lo describió como alguien a quien los asuntos personales no ocuparon gran cosa en su mente. Su imagen de genio excéntrico y comprometido con la humanidad le convirtió en, como el propio Einstein bromeaba, un santo judío. Sin embargo, fue un hombre cuyas palabras en público se contradecían con sus hechos en privado, fue un hombre “cuya combinación de visión intelectual y miopía emocional dejó detrás de sí una serie de vidas dañadas”.

La trayectoria escolar del pequeño Albert comenzó a los cinco años de edad con una profesora particular por expreso deseo de su madre, quien albergaba grandes planes para su vástago. Al año siguiente pudo acceder directamente al segundo grado, aunque por su edad no le correspondía. Eso no fue impedimento para que lograra magníficas notas. Tres años después de 1888, Einstein ingresó en el renombrado Gymnasium de Munich.

Fue allí donde dio las primeras muestras de carácter rebelde ante una disciplina casi militarista.

Este inconformismo llevó a que su profesor de griego le dijese que “nunca llegaría a nada”, mientras que otro de sus maestros le sugirió que abandonase la escuela, ya que su mera presencia afectaba al respeto que mostraban los demás alumnos. Y eso fue exactamente lo que hizo a principios de 1895.

Su familia se había trasladado, poco antes a Italia, donde su padre pretendía montar un nuevo negocio mientras él permanecía en una pensión de Munich a fin de no interrumpir sus estudios. Por su cuenta decide interrumpir sus estudios un año y medio antes de completar sus estudios, presentando un certificado médico que recomendaba la vuelta con su familia, lo presentó en el gymnasium y marchó a Italia a reunirse con sus padres, quienes se llevaron una ingrata sorpresa, al verle aparecer convertido en un fracaso escolar.

Ante sus padres promete proseguir sus estudios. Así, y tras unos meses de gozosa formación autodidacta, en el otoño de 1895 logró presentarse a las pruebas de acceso a la Escuela Técnica Federal de Zurich, pese a que tenía dos años menos de la edad oficial y carecía de la titulación requerida.

No superó los exámenes, el motivo volvió a ser la rebeldía: como sus padres le habían impuesto el estudio de una carrera técnica en lugar de una más teórica, como era su deseo, sólo preparó las materias que le interesaban. De todas formas, en aquel examen sobresalió tanto en matemáticas y ciencia que el profesor de física le invitó a asistir como oyente a sus clases. Prevaleció el consejo del director de la Escuela, quien le recomendó que acabase los estudios de secundaria y volviese a intentarlo de nuevo.

El curso siguiente se matriculó por fin en la Escuela Técnica, ingresando en la sección que preparaba a los futuros profesores de física y matemáticas.

Allí volvió a desquiciar a sus maestros, al faltar a numerosas clases – incluso a las consideradas de asistencia obligatoria – y dedicar su tiempo a trastear en el laboratorio y a estudiar por su cuenta los temas que le interesaban.

Todo esto no impidió que en julio de 1900 Einstein fuese uno de los cuatro alumnos de su sección que obtuvo el título, aunque ningún profesor lo quiso como ayudante y sus calificaciones eran las peores del cuarteto.

Tuvo que ganarse la vida, eso sí con su título, dando clases particulares, mientras escribía a otros profesores ofreciéndose como ayudante de cátedra. Ninguno pareció “agradecer” tal honor.

En abril de 1901 su excompañero de estudios Marcel Grossmann, con cuyos apuntes pudo superar exámenes en la Escuela Técnica, le habló de la posibilidad de ocupar una plaza en la oficina de patentes de Berna, cuyo director era conocido por el padre de Marcel. Poco después era seleccionado para el puesto de experto técnico de tercera clase por un periodo de prueba, puesto que adquiriría “en propiedad” en septiembre de 1904, tras superar el examen para funcionarios públicos. Dos años después ascendería a técnico experto de segunda clase.

Por fin aprueba en el Politécnico. Desiste de ser ingeniero y decide hacerse profesor de física, cursando unas asignaturas para la formación de profesores especializados en matemáticas y ciencias. Cumple con una asistencia selectiva en el Politécnico y llega a aprobar las asignaturas gracias a los ordenados apuntes de su amigo Grossmann.

Sin embargo, en esta época logró dos cosas: su futura mujer Mileva Maric (de origen serbio), por aquel entonces se hicieron novios, y la segunda cosa, que llegó a dominar la “teoría del electromagnetismo” de Maxwell.

Va a ser más tarde en 1907, cuando su antiguo profesor de la universidad de Zurich, Alfred Kleiner, le comunicará su deseo de contar con él, instándole a que como primer paso volviese a presentarse como “privatdozent” en Berna. En 1908 logra por primera vez un puesto académico. Al año siguiente la Universidad de Zurich crea una nueva cátedra de física teórica, Kleiner propuso a Einstein pero el comité evaluador se inclinó por otro candidato, Friedrich Adler que para sorpresa de todos renunció al cargo alegando que sus conocimientos no se podían comparar con los de su competidor.

Así es como Einstein se hizo con el puesto pese a los aspectos negativos que los evaluadores reseñaron en su informe final *“todo tipo de despreciables peculiaridades de carácter, tales como el entrometimiento, la insolencia y la mentalidad de tendero en la percepción de su posición académica”* (pág. 69 “La huella de Einstein”)

El 7 de mayo tomó posesión de su nuevo cargo y el 6 de julio presentó su dimisión en la oficina de patentes de Berna.

Esta fue la última vez que debió superar esta clase de obstáculos ya que a partir de entonces y conforme su prestigio crecía, empezaron a llegarle ofertas de los centros más reputados de Europa.

La primera le llevó en 1911 a ocupar la cátedra de física teórica de la Universidad de Praga, donde sólo permaneció un curso, pues en el otoño de 1912 ya estaba de nuevo en Zurich, como profesor en la misma Escuela Técnica que doce años antes le había negado un puesto. En el verano de 1913 Max Planck y Walter Nernst se personaron en Zurich decididos a repatriar al genio, con una proposición irrechazable: catedrático sin obligaciones docentes en la Universidad de Berlín con un sueldo millonario.

Einstein acepta y abandona Zurich y en 1914 se traslada a Berlín donde permanecerá hasta 1933, año en el que abandonará definitivamente Berlín, como tantos otros científicos y pensadores judíos. Su destino sería el recién creado Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, al que se incorporó en otoño de 1933 y al que siguió vinculado incluso después de su jubilación oficial en 1945

4. Einstein en la frontera Técnico Humanística

No me voy a entretener en más detalles de la vida de Einstein, que por otra parte será muy fácil encontrar y leer, en biografías recientes, algunas notablemente interesantes y rigurosas. Voy hacer referencia sólo a tres aspectos de su vida, tres sencillas y humanas secuencias biográficas y a una relación de las muchas que tuvo con científicos, me refiero a la que mantuvo con Freud a propósito de la guerra. Trato de descubrir en todo ello el aspecto humanista de un científico, al que fácilmente se identifica y reduce sólo con una extraordinaria ecuación que ha traspuesto el mundo de la física, pero que Einstein quiso alargarlo también hasta el espacio de pensamiento y de una forma nueva de existir como humanos pensantes.

Después de haber leído sus artículos, englobados por alguna editorial bajo el título "*El mundo como yo lo veo*", me atrevería a decir que Einstein intenta presentarse ante el mundo como un pedagogo de la ciencia, que él quiere identificarla con realidad humana y herramienta necesaria para seguir pensando el sentido de esta vida nuestra.

Mientras Einstein va en busca del misterio, queda sorprendido por su Belleza y parece que esto es lo que quiere comunicar él, a veces tan misántropo y solitario, a sus oyentes, sus alumnos, lectores. Y esto es lo que quiero presentar seguidamente

La aguja imantada

Albert Einstein escribió su autobiografía a los 67 de edad, y en ella recordaba un hecho decisivo ocurrido sesenta años antes. Era un relato que le gustaba contar. Al parecer, cuando tenía cuatro o cinco años tuvo una enfermedad que le obligó a guardar cama. Su padre le llevó una brújula magnética para que jugara.

Muchos niños se han divertido con este juguete, pero el efecto que produjo al pequeño Albert fue tremendo y profético. En su biografía el anciano Einstein recordaba con intensidad la admiración que le había invadido tantos años antes: *veía una aguja aislada e inalcanzable, totalmente cerrada, y sin embargo, dominada por un impulso invisible que la hacía dirigirse con decisión hacia el norte*. No importa que la aguja magnética fuera algo tan vulgar – o tan maravilloso - como péndulo que tiende hacia la tierra.

El niño estaba ya familiarizado con los péndulos y con la caída de los objetos. Los consideraba algo natural. En aquel momento no podía darse cuenta de que encerraba también un misterio, ni podía saber que más adelante él mismo contribuiría de forma decisiva a la comprensión de la gravedad.

La aguja magnética fue para el pequeño Albert una revelación. Era algo que no encajaba. Contradecía su imagen de un mundo físico ordenado.

En su autobiografía escribió "*Todavía recuerdo – o al menos creo recordar – que esa experiencia me produjo una impresión profunda y duradera*".

Esta anécdota resulta interesante por varias razones. Nos habla del despertar de la apasionada curiosidad que acompañaría a Einstein a lo largo de toda su vida.

Aristóteles siglos antes había afirmado que es la curiosidad el inicio de la sabiduría, y que el filósofo llega a serlo cuando las cosas le dan qué pensar y le dejan perplejo.

La aguja imantada de la brújula marcó rumbo, hechizo y misterio. Buscando actitudes del humanista técnico, la brújula regalo de su padre, cuando tenía cinco años le despierta el sentido del misterio y la curiosidad, dos cualidades que presidirán su vida. (Ver sobre el misterio y la belleza su artículo "*El mundo tal como lo veo*".)

Cuenta Maja, la hermana de Einstein, hablando de la época de juventud, cuánto disfrutaba el joven Einstein fumando en una pipa de un metro de largo que le

había regalado su padre. En sus memorias cuenta: “Le encantaba observar las maravillosas formas que adquiría las nubes de humo y estudiar los movimientos de las partículas individuales de humo, así como la relación que había entre ellas. Hoffman en la biografía de Einstein (pág. 61) decía que quizás fue así como nació la inspiración para el artículo que iba a publicar en 1905 sobre teoría molecular de los gases y que lo iba a lanzar a la fama.

Había afirmado siendo muy joven “*Lo más incomprensible de este mundo es que es comprensible*”. Empeñado en arrebatar a la naturaleza y al universo sus constantes y sus leyes, estaba convencido que continuaba el misterio.

Refiriéndonos al misterio, Einstein, paradójicamente, no fue practicante, ni de la religión judía en cuyo seno había nacido, ni de la religión católica en cuya cultura se había educado. Tengo la sospecha, sin embargo, que Einstein nunca dejó de vivir cerca de la fascinación del misterio y de la sacralización de la naturaleza.

Él había repetido que la Belleza es una realidad que está esperando habitar en este mundo, repitiendo inconscientemente lo que ya Platón había afirmado que “*es por la Belleza que las cosas son bellas*”. Y volviendo a hablar de religión, aparecería así en Einstein un deísmo poético que se va repitiendo en muchas secuencias de su biografía.

La belleza de las matemáticas

A los 12 años el teorema de Pitágoras explicado por su tío ingeniero Jacob, le maravilló de tal manera, que en seguida se hizo con el Manual de Geometría de Euclides y pudo pensar que “*Sólo Euclides ha contemplado la Belleza al desnudo*”.

Einstein había llegado tempranamente a la contemplación de las *formas puras*, a los arquetipos únicos que mandan nuestra razón, según quiere Platón.

Después de haber resuelto sin mayores dificultades unos difíciles cálculos para la construcción de una máquina en la que estaba metido su tío Jacob, que quedó literalmente estupefacto delante de su sobrino, a Einstein se le ocurrió la pregunta que iba a generar después la ley de la relatividad “*¿Qué impresión produciría una onda luminosa a alguien que avanzara a su misma velocidad?*”.

La pregunta que formula a sus 16 años tiene la fuerza de la genialidad física y la fuerza de la poesía más atrevida. Lo técnico y lo poético se vuelven a acoplar en Einstein, no despreciando la ficción y su imaginario, a la hora de proponer cuestiones bien científicas.

Me ha sorprendido leyendo estas semanas a Einstein, sobre todo en el libro citado *Mis Ideas y Opiniones*, la cantidad de veces que se refiere a la Belleza y a su presencia o búsqueda en todo lo que parece hacer o investigar.

Sus textos se parecen excesivamente a lo que Nietzsche había afirmado a finales del siglo XIX en 1873, seis años antes que naciera Einstein, refiriéndose a la necesidad que tiene la ciencia de hacerse y expresarse con la simulación y con la ficción, en su librito *sobre Verdad y Mentira en sentido extramoral*.

Allí Nietzsche viene a decir que la fuente del lenguaje y del conocimiento científico no arranca de un lenguaje lógico sino de la imaginación, de la capacidad radical e innovadora que tiene la mente humana de crear metáforas, analogías, modelos. El edificio de la ciencia se alza sobre las arenas movedizas de ese origen. Esto es lo que quiso decir Ortega al definir al hombre como “animal fantástico”.

Por su parte Einstein, en la misma línea de Nietzsche había afirmado: “*Cuando examino la forma en que pienso, llego a la conclusión de que el regalo de la imaginación ha significado para mí más que el talento para absorber el conocimiento absoluto*” (“*La huella de Einstein*” pág. 48).

En 1946 cuando Einstein contaba 67 años escribió sus *Notas autobiográficas*, un texto sólo relativamente autobiográfico en el que nos revela la imagen que tenía de

sí mismo y de su trabajo. Curiosamente, en lugar de centrarse en los hechos con los que suele resumirse una vida, su autor prefirió abordar la cuestión que para él era esencial *¿Qué es en realidad pensar?* Sus reflexiones al respecto nos permiten deducir que Einstein pensaba más en imágenes que en palabras, de modo que su intelecto era inminentemente visual. Además, y como hemos visto, concedía gran importancia a la imaginación y, especialmente, a la curiosidad, valorando la capacidad de preguntarse por el mundo que nos rodea, por no perder el asombro o el sentido de lo maravilloso, tal y como él lo definía.

Estos aspectos de su inteligencia encajan perfectamente con su capacidad para imaginar experimentos mentales, como al que antes ya nos hemos referido y del que ahora saco conclusiones.

A sus dieciséis imagina que se va alejando a la velocidad de la luz de la torre del reloj de ciudad. Supuso que el reloj le parecería estar parado, puesto que él viajaba junto a la luz que portaba la imagen reflejada en las manecillas de la esfera. También se preguntó cómo vería el rayo de luz al que acompañaba, y lo visualizó como una onda estacionaria con sus crestas y valles estáticos, aunque una onda así no podría existir según las leyes del electromagnetismo de Maxwell.

El inocente experimento mental de un viaje a la velocidad de la luz, le reveló una contradicción dentro de la física clásica, de modo que o bien las ecuaciones del electromagnetismo de Maxwell eran erróneas, o lo que fallaba era la mecánica newtoniana.

Tal vez fue esta la razón por la que a los 13 años es capaz de leer y entender con facilidad a Kant, en un libro que no especifica título y que le dejó su amigo Grossman.

La Academia Olimpia

Pasamos ahora a la tercera anécdota de su vida, que va de filosofía y de la necesidad que tuvo Einstein, él a veces tan misántropo y solitario, de abrir debate y diálogo sobre cuestiones de pensamiento y de ciencia con colegas y amigos

Hablando de filosofía, hay que recordar que en el periodo de 1902, ejerciendo de profesor particular en Berna, se le presentó un estudiante de filosofía que harto de abstracciones intentaba estudiar física.

Aquello tocó una cuerda sensible de Einstein, que le llevó a una animada discusión. Dos horas más tarde Solovine, que así se llamaba nuestro estudiante de filosofía, tuvo que marcharse, Einstein aún lo acompañó durante media hora más.

Al día siguiente continuó la discusión, y al tercer día Einstein le propuso al que ya entonces consideró su amigo, dejar las clases de física y seguir discutiendo y debatiendo ideas y conceptos presentes en la frontera entre la filosofía y la física.

Pronto se les unió Konrad Habicht, matemático amigo de Einstein, así apareció lo que cariñosamente apellidaron como "Academia Olimpia". Habicht se convirtió en maestro en su ciudad natal, Solovine fijó luego su residencia en París, trabajando como editor y escritor, y fue el traductor de las obras de Einstein al francés.

En 1953 en una visita que Habicht hizo a París pudo ver a Solavine. Era unos días antes de que Einstein cumpliera setenta y cuatro años. Emocionados por los recuerdos de sus maravillosos días pasados en Berna medio siglo antes, los dos ancianos enviaron a Einstein una postal de Notre-Dame con la siguiente dirección en francés: "Al Presidente de la Academia Olimpia, Albert Einstein, Princeton Nueva Jersey. U.S.A." Naturalmente llegó a su destino.

Einstein contestó con una solemnidad lúdica un escrito poético "*A la inmortal Academia Olimpia*"

La crítica más feroz ha dicho de Einstein que fue misógino con las mujeres y misántropo con los hombres. Muchas secuencias de su biografía lo pueden atestiguar. Pero es cierto que sus descubrimientos, vividos en época de juventud, con la misma pasión con que se expresaba en la Academia Olímpica ante Solavine y Habitch, provocaron excepcionalmente el mundo de la física y del pensamiento.

A nuestra humilde semana - seminario de Einstein, le han precedido miles y miles de congresos, libros, escritos periodísticos

Excepcionalmente Einstein se puede colocar entre los primeros hombres capaces de revolucionar el mundo en el que vivía, desde aquellos célebres artículos de 1905.

5. El diálogo con Freud. ¿Por qué la guerra?

Paso finalmente a referirme al diálogo epistolar Freud – Einstein, como ejemplo de diálogo científico – humanista.

Einstein preocupado pregunta a Freud *¿Hay una manera de liberar a los seres humanos de la fatalidad de la guerra?* Esta es para él la pregunta “más importante de las que se le plantean a la civilización”, va al corazón del problema de nuestra cultura que no puede olvidarse o eludirse. No se trata de esta o de una guerra, sino de la guerra.

Así comienza el diálogo que sostuvieron Albert Einstein y Sigmund Freud en el verano de 1932, cuando en Europa los tiempos, se vuelven cada vez más inquietos y todo hace presagiar que entre la política y la guerra se va formando un vínculo fatal.

Se trata de un encuentro completamente asimétrico por la edad de los contertulios. Freud había nacido en 1856, era por tanto 23 años más viejo que Einstein que había nacido en 1879. Posiblemente por aquella época Freud había sido más leído y por tanto más revolucionario, de lo que en aquel momento lo fuera Einstein. Sin embargo llama la atención el reconocimiento que mutuamente se hacen y la sencillez con que se tratan.

Freud agregará a este propósito irónicamente, que “Einstein entendía de psicología tanto como yo de física, de modo que nuestra conversación fue muy agradable”.

Einstein ve en los escritos de Freud una lúcida elaboración del problema que no quiere esconder, sino afrontar directamente, el nudo de la violencia de la guerra.

Freud ve en Einstein al intelectual que se preocupa del problema de la paz no como estadista o “como investigador de la naturaleza y físico” sino como “amigo de la humanidad”

Este diálogo detecta las grietas de nuestro actual “saber” técnico – humanista tantas veces aséptico o impune a cualquier tipo de compromiso. El de ellos fue un “pacifismo militante”, ahí quería llegar lo que luego iba a ser el diálogo epistolar que proseguiría al encuentro.

La pregunta de Einstein a Freud *“¿Hay una manera de liberar a los seres humanos de la fatalidad de la guerra?”*, provoca en nosotros la consideración de este destino como “una trágica elección en la que estamos implicados”.

Freud viene a contestar a Einstein que “ser hombre”, no equivale para nada a tener humanidad. Que la guerra además de marcar la memoria y las biografías de generaciones enteras, la llevamos dentro de nosotros, cada ser humano inmerso en la esclavitud de la guerra “no de esta o de una guerra, sino de la guerra”. Cuanto hay de inextricable en la fatalidad de la guerra, debe buscarse en la psique humana, que tiende a la autodestrucción y no logra activar impulsos pacificadores.

Por su parte Einstein en su reflexión sobre la guerra, llega a afirmar que los Estados renuncien a cuotas de violencia e inviertan en autoridad legislativa y judicial para garantizar una soberanía supranacional que frene la consideración hobbesiana “homo homini lupus” que apropia, produce y distribuye. Sólo puedo añadir, que del intercambio de cartas entre estos dos grandes intelectuales, nace un texto que pasa a las épocas siguientes como un gran clásico sobre la sociedad contemporánea y sobre sus contradicciones:

“...lo que está en juego en esta reflexión es la guerra, las formas autodestructivas, los intentos de construcción de la paz por parte de las instituciones políticas, el desencanto, el trabajo cotidiano de las burocracias sin alma, las utopías y los impulsos ideales, las pasiones y las muchas razones por las que vale la pena llevar a cabo esfuerzos humanos. Me estoy refiriendo al texto “¿Por qué la guerra?”. Ed. Minúscula. Barcelona 2001

Yo sólo quería subrayar que un humanista psicólogo Freud, y un científico Einstein se adentran en todos estos espacios comentados, como ejemplo de los diferentes campos en donde conjuntamente han podido reflexionar y trabajar.

Hace tiempo que los médicos ateos pueden trabajar con los médicos creyentes, porque no existen microbios creyentes y microbios ateos. Sirva lo dicho para hacer una mutua invitación a la colaboración entre lo humanístico y lo técnico. Con todas sus contradicciones, Einstein también puede ser un referente.

Bibliografía

- A. Einstein y Sigmund Freud, “¿Por qué la guerra?”. Ed. Minuscula. Barcelona 2001
- Banesh Hoffmann, “Einstein”, Salvat. Barcelona 1984
- A. Einstein, “Mis ideas y opiniones”, Ed. Antoni Bosch, Barcelona 1990
- A. Einstein et Mileva Maric, “Lettres d’amour et de science”, Ed. Seuil 1993
- “La huella de Einstein” Semana de ciencia 2005. Fundación española para la ciencia y la tecnología. Madrid 2005